

Catálogo La Puente. Pedro Déniz
Gobierno de Canarias, España, 1998.
ISBN 84-7947-227-8

EL HÉROE QUE LOGRÓ VENCERSE A SÍ MISMO
M. Nieves Cáceres

“Alguien habrá que diga, se ha perdido,
Alguien saldrá a buscarme
y llevará el calor de una botella
donde podrá mandarte este mensaje.”

Carta de un naufrago
Ana Merino

Un buen día, ante una pluralidad de ideas, mensajes, paisajes restringidos y mediatizados por lo grandilocuente, la universalidad, las tecnologías y los prototipos imperantes del mercado. El artista Pedro Déniz, cual héroe comprometido en vencer la atracción de las tinieblas, siente la necesidad de iniciar un proceso, un viaje evocador donde ponerle interrogantes a la realidad, donde cuestionar dudas. Sin querer desligarse de las posibles veredas o atajos por donde puedan darse más riesgos, comienza tal aventura alimentando un intento fervoroso de aproximación a la Mar, un mar lleno de incertidumbres, renunciadas, ambigüedad y maneras distintas de conocer el mundo, donde las aguas, ilimitadas, profundas e inmortales, pasan a ser principio y fin de todas las cosas, símbolo del inconsciente colectivo o personalizado, la fuente de la vida y el final de la misma, La Puente, como así decide nombrar o su ensoñadora búsqueda, en lucha noble contra enemigos exteriores y materiales y aquellos otros interiores y de espíritu, se convierte en su principio vital en lo mediadora cotidiana entre los mundos separados, entre las múltiples realidades fragmentadas e interdependientes, únicas y totalitarias en sí mismas, conexionando todo lo que fluye para ponerlo a prueba, incluidas las verdades. Y como buen héroe que se preste, siempre viajero e inquieto, el artista, osando descender hasta las profundidades marinas, inicia la salida del viaje portando su mejor oráculo: la botella, uno de los símbolos de salvación más cercano a los dioses navegantes e incluso, según el imaginativo diccionario «diabólico» de Ambrose Bierce, venerada como deidad por los antiguos Crapuli.

Todas las etapas del viaje van formando ritos, confluencias de poderes, capaces de superar las pruebas iniciáticas que llevan a quien mira a sentir miedos, peligros, o incertidumbres, por no entender la complejidad de objetos cotidianos dispersos en otro espacio, en un espacio nuevo, distinto, del cual podemos salir por “marejada” o por “mareos”, para perdernos en múltiples cavilaciones y querer sentir con mayor fuerza el que alguien inquiete su alma de mensajes por desabrigar nuestras amenazas, que vienen o ser también las suyas.

El pozo, en un plano gris y neutro, nos puede contundir, hacernos desaparecer si no somos capaces de hallar diferencias entre la esencia y la apariencia, que bien sabemos que las realidades varían cuando están recubiertas por el lodo, que nunca se termina de encontrar el lugar exacto donde cayó la moneda para pedir el deseo, ni si el deseo logró alcanzar el espacio concreto. Y entonces, cuando todo parece haberse perdido y nada es lo que parece o todo es lo que no es, el pozo viene a ser el signo anunciador de sublimación, el arma del héroe para salvar el espíritu de La Puente: la diversidad abierta a destinos diferentes, a otras realidades, a otras gentes, a otros mundos. Pedro Déniz logró extraer, desde lo hondo, la aspiración sublime para invitarnos a reverenciar la botella, dominadora de un poder que hace que nada se pierda, que todo pueda renacer, que las realidades constituyan un conjunto y que a su voz, ese mismo conjunto, genere otras realidades diferentes, en tanto en cuanto el viento aliente su soplo creador de un lado o del otro, ayudado siempre por la fuerza y el tesón continuo del arte, de las obras diversas e individuales que juntas, como figuras inversas y complementarias, vienen a dar lugar a la forma circular de la totalidad, tendiendo a lo cíclico a través de la pluralidad de lenguajes.

Al héroe sólo le quedo hacer coincidir lo histórico y lo simbólico, renunciar a la obra desde el meridiano justo, desde la isla principio y fin del mundo, desde donde las botellas serán lanzadas a la mar en humilde respuesta. Desposesión sine qua non del devenir. Como fin último, el héroe logra vencerse a sí mismo y a la vez enarbolar una bandera Inconclusa, abierta a multitudinarias otras respuestas, otras botellas, otros mensajes.

Madrid